

## UN MUNDO EN TRANCE DE POTENCIAL HOSTILIDAD Y POSIBLE REAJUSTE

*El inmovilismo, en cuanto achaque inicial postbélico  
y la miopía americana.*

Respecto de un extremo parece que la aquiescencia se abre paso y es el siguiente: a partir del mes de agosto de 1945, al enmudecer los cañones, se clausuraba una contienda de proporciones ecuménicas, pero ese epílogo, si bien ofrecía visibles posibilidades de proceder al encauzamiento del mundo postbélico, éstas no fueran debidamente entrevistadas, ya que la única evidencia a retener se reflejaba en la siguiente decepcionante conclusión: a un conflicto armado, recién extinguido, sucedería una etapa de paz inestable, respecto de la cual, lo único que podía aseverarse, era que se iniciaba un período de silencio en lo que fueran campos de batalla, así como un proceso de angustiosa imprecisión en las Cancillerías. Esa situación de atroz incertidumbre venía determinada por el primero de los dos grandes errores, inscribibles en el confuso haber de los sedicentes vencedores y que se articulaba así: habida cuenta de que Alemania había sido totalmente vencida, debía excluirse cuanto implicase conclusión de un tratado de paz con el derrotado, introduciendo así en las prácticas internacionales modernas un sistema inédito y sorprendente a la vez: el de la rendición incondicional de lo que había cesado como III Reich. Se condenaba así al vencido a un marginalismo incondicionado, que requería como lógica consecuencia (de acuerdo con la errónea interpretación a cargo de los triunfantes) la ocupación de Alemania, ya entonces potencialmente condenada a lo que habría de ser su hoy vigente reparto en dos zonas desiguales. Los ocasionalmente aliados y potencialmente condenados a la escisión, creían que todo el problema de la postguerra podía ser increíblemente simplificado y esa disecación se refería a la conveniencia de evitar que el militarismo alemán pudiese hacer nueva-

mente acto de presencia. Tres pruebas concluyentes de cómo constituía realidad esa obsesión inmovilista, se nos ofrecieron sucesivamente en forma de pactos, todos ellos inspirados en preocupaciones negativas, cuales eran las de lograr el maniatamiento, inmediato e indefinido a la vez, del vencido. Aludimos, como habrá percibido fácilmente el que leyere, a los pactos de alianza anglo-ruso (Londres, 26 de mayo de 1942), franco-soviético (Moscú, 10 de diciembre de 1944) y anglo-francés (Dunkerque, 4 de marzo de 1947).

Los Estados Unidos permanecían entonces al margen de esa actividad contractual, alejamiento explicable, si se tiene en cuenta que en el citado período conservaban plena vigencia en Norteamérica las advertencias consignadas por Jorge Washington en su famoso «Manifiesto de Adiós», aconsejando a sus conciudadanos que huyesen de cuanto implicase tentación de concluir pactos de alianza permanentes con las potencias europeas. Ahora bien, el citado marginalismo no fuera obstáculo para que los Estados Unidos encarasen el problema que planteaba la rendición incondicional de la inhumada Alemania hitleriana. La primer reacción norteamericana se nos ofreciera, concebida en términos sorprendentes. Ello corrió a cargo del ministro Morgenthau, proponiendo el total desmantelamiento de Alemania como potencia industrial y reduciéndola a la increíble e irrealizable condición de país habitado exclusivamente por agricultores y pastores. Ello quiere significar que los Estados Unidos, pese a su marginalismo, en lo que atañía a la signatura de los citados pactos de alianza, coincidían con Francia, Inglaterra y Rusia, en lo concerniente a decretar el marginalismo alemán, respecto de cuanto significase política internacional y activa, realizable en el período postbélico.

*El señuelo de la bipolaridad, condicionado por la «Machtpolitik», el apaciguamiento y la política internacional de contención.*

El proceso de tipo negativo apuntado, no excluía una evidencia, originalmente entrevista de modo impreciso y posteriormente reforzada: la de que, pese a las alianzas mencionadas y no obstante el notorio distanciamiento norteamericano respecto de las mismas, en los medios políticos de Washington, especialmente en la fase epilodal del tercer mandato presidencial a cargo de Roosevelt, se aceptaba como inconcuso que la paz del mundo, si algún día había de asentarse sobre cimientos consistentes, debía condicionarse en el sentido de ligarla a un posible *modus-vivendi* ruso-norteameri-

cano. Pero no era factible convertir en aliados concordados a dos pueblos potencialmente disidentes, primero porque las discrepancias entre Washington y Moscú lo impedían, y segundo, porque aun en tal supuesto de una descartada avenencia, como frente a esa supuesta coalición, no existía un factor de contrapeso que indujese a la prudencia a los preponderantes, algunos suponían que al mundo postbélico, en esencia, se le brindaba la poca atrayente imagen de una diarquía, sin el complemento de un poder susceptible de atenuar su omnipotencia.

La precedente versión, parecía implicar como consecuencia que todo el problema de la trasguerra habría de centrarse en el modo de encontrar adecuado cauce para articular la coexistencia de los dos grandes discrepantes, pero a dicho intento se oponía la realidad de dos posiciones preexistentes, que situaban a uno de los dialogantes hegemónicos en condiciones acentuadamente ventajosas. Tal era el caso de Rusia, que no vacilara en retirar provecho de su condición de potencia ocupante de países próximos o contiguos, realidad postbélica, que constituía perceptible tentación para intentar la puesta en práctica de lo que los alemanes del III Reich denominaran «Machtpolitik» o sistema internacional de los hechos consumados. Así Rusia pudo lograr aquello que en el pretérito constituyera su persistente ambición, en última instancia malograda, del misticismo político, alimentado por las inclinaciones panesalvas, esta vez agravado el epílogo por la carencia de dos grandes imperios, descartados en cuanto elementos de contrapeso y detención de las ambiciones expansivas rusas: los imperios germano y austro-húngaro. Habida cuenta de lo anteriormente consignado, con la nota agravante de una Europa en período inicial de trabajosa recuperación, ¿valoraron adecuadamente los norteamericanos el alcance y significación del citado epílogo? Todo induce a pensar que no captaran debidamente las consecuencias que implicaba tal desenlace, al menos si se tiene en cuenta en qué consistieran sus medidas de tipo reactivo, que, como veremos, se sucedían con visible falta de eficiencia. Fuera en primer término el ineficiente sistema de aquello que Roosevelt caracterizaba como política internacional de «apaciguamiento». El término y aun más lo que implicaba su puesta en práctica, resultó ser peligroso, por su condición de calificativo acentuadamente equívoco. Apaciguar, en el orden internacional, significa propósito de reemplazar una hostilidad presumible y latente, por un sistema que posibilite el diálogo y el posible estancamiento de un proceso, alimentado polémicamente por la acción coetánea de dos discrepantes y del error que tal designio implicaba, se dieron cuenta los

norteamericanos y la fugacidad de aquel sistema reactivo dió paso a la política internacional de contención, no más eficiente que la precedentemente desdeñada.

Considerar como norma político-internacional la inspirada en el mantenimiento del *statu quo* postbélico, implicaba, al propio tiempo que un error, el desconocimiento de un principio evidente. Lo primero, porque se asentía a la instauración de una política claramente expansiva, que, una vez iniciada, no es dable paralizar; lo segundo, teniendo en cuenta que la política internacional es indefectiblemente dinámica y en tal sentido, un *statu quo* nunca puede elevarse a la condición de epílogo, constituyendo tan sólo un capítulo integrante de la acción imperialista soviética. Pero acaso el más grave error de la política internacional norteamericana, radicaba en su condición de escuetamente reactiva, ya que, en última instancia, lejos de articular una política internacional, activa y positiva, se limitaban a producirse en función de los ademanes rusos, y ya Demóstenes, en sus famosas Filípicas, había evidenciado cómo la victoria se hermana siempre con la acción del país que sabe de antemano hacia dónde encamina sus pasos y evidencia estar animada de visibles ambiciones finalistas.

*La tesis del monolito y de la dispersión y la discrepancia chino-rusa.*

¿Es que en este año de 1963, cual no pocos aseveran, se han alterado los términos del problema internacional, tal y como fueran planteados, a partir de 1945? Contestar en sentido afirmativo supondría réplica, inadecuada y peligrosa a la vez, abstracción hecha de que uno de los grandes achaques del mundo postbélico radica en el afán de simplificar inmoderadamente los problemas internacionales, cada vez más arduos y complejos. A este propósito conviene tener en cuenta que hasta no hace mucho tiempo circulaba visiblemente por el mundo la imagen de lo que se caracterizaba como problema de contraste: en el campo soviético una organización monolítica, que excluía a la vez la aparición de fisuras y el entorpecimiento generado por disensiones ideológicas; en el seno del mundo libre, inclinaciones discrepantes, cuya vigencia se veía acentuada por la crisis de protagonismo, padecida por las naciones no soviéticas. Actualmente la visión del mundo, determinada por el contraste, resultaría inadecuada. Es cierto que en el seno del mundo libre se registran discrepancias, de lenta y difícil eliminación, pero no reputamos de menos evidente que lo definido por algunos como

crisis simbiótica, no es en esencia más que un proceso de reajuste, cuyo epílogo se traducirá en la avenencia de los hoy discrepantes. En contraste, todo aquel que encare el actual período histórico inspirándose en consideraciones de tipo realista, percibirá sin esfuerzo cómo en el sedicente mundo monolítico se registra pluralmente la aparición de discrepancias y el asomo de crisis internas, a las cuales es preciso hacer frente.

A nuestro entender, no es otro el caso de Rusia en los instantes presentes y con el intento de evidenciarlo, séanos permitido brindar al lector unas cuantas consideraciones, acaso discutibles, pero sospechamos que no enteramente desdeñables.

En principio, la cada vez más acentuada divergencia, referida a Pekín y Moscú, parece determinada por consideraciones de tipo ideológico, pero consideramos inadecuado reducir a los términos antedichos la creciente disparidad chino-soviética. Algo más trascendente, como veremos posteriormente, está en juego, pugna que bien merece se le dispense constante y creciente atención. La discrepancia registrada en el seno del mundo comunista, inicialmente larvada, ha desenlazado en abierta guerra polémica, cada vez más ardiente. Antes de producirse el cisma chino, Rusia disponía de un poderoso artilugio para alimentar, dialéctica y fácticamente, su política imperialista de expansión: el acatamiento incondicional, no sólo de los países satelizados, sino la sumisión evidente de los partidos comunistas, funcionando en los cinco mundos. Nadie osaba mostrar disconformidad, respecto a las directrices moscovitas, si se exceptúan la condicionada de Belgrado y la abierta y tajante de Albania, pero ambas excepciones, si bien originaban en Moscú evidentes preocupaciones, no afectaban sustancialmente al muy acatado liderato ideológico de la U. R. S. S., pontificado que favorecía de modo visible la posición rusa, respecto de la política internacional de bipolaridad. Ahora bien, si la contigüedad, proximidad y preeminencia militar soviética, facilitaba la puesta en práctica de una política internacional sojuzgadora, que con el transcurso del tiempo, más que debilitarse se fortalecía, no parecía tan hacedero extender indefinidamente tal acción expansiva a otros confines de la tierra, especialmente a sectores del mundo, donde, si no existía una potencia bélica preocupante, era preciso contar con un poderoso factor demográfico, cuya presión, tarde o temprano, había de ofrecer señales de vigencia. El problema no puede confinarse al actual período postbélico, siendo adecuado no desconectarlo totalmente de precedentes históricos, de los cuales sería improcedente prescindir y que hoy, en cuanto elemento coadyu-

vante de orientación, no ha perdido totalmente vigencia. Ello aconseja una referencia específica a lo que fuera expansión rusa en los años florecientes de la política zarista.

*Sobre una sedicente reiteración histórica (la política pendular rusa).*

De Rusia se ha reiterado hasta la saciedad que viene practicando una política internacional de índole pendular, atendida su estructuración a lo que deparaban las circunstancias y las posibilidades de estas últimas. Unas veces, desde Petrogrado se estimulaba la puesta en práctica de una política internacional inspirada en el paneslavismo y para alcanzar esa finalidad se pensaba en transformar el Mar Negro en lago ruso y después en punto de arranque para avanzar en dirección al Mediterráneo oriental, para lo cual constituía condición *sine qua non* el asentarse en el Bósforo y en los Dardanelos, convirtiendo a Turquía en apéndice ruso y facilitando así al propio tiempo el asentamiento del paneslavismo, bajo el liderazgo ruso, en la región balcánica, aun cuando ello implicase, como insoslayable consecuencia, enfrentarse con la poderosa ambición germánica, simbolizada en la práctica del *Drang nach Osten*. Toda esta política internacional así planeada conoció un epílogo, que a la sazón se consideraba irreversible; ello aconteció en el Congreso de Berlín de 1878, del cual se derivara un tratado que, registrando la reconciliación austro-alemana, había de taponar la inclinación rusa hacia la puesta en práctica de un paneslavismo inmoderado. Es entonces cuando Rusia, más a impulso de la decepción que de la reflexión, consideró inevitable orientar su política de expansión hacia el mundo amarillo, registrándose a la sazón el visible incremento de la acción panasiática. Símbolo de esa inclinación nos lo depara la política internacional rusa, vertebralmente caracterizada por la construcción del ferrocarril transiberiano y después por sus dos vías complementarias: el del Este chino y el Sudmanchuriano. Era la época de las grandes realizaciones imperialistas, a cargo respectivamente de Alemania e Inglaterra, referidas, respectivamente, a dos ambiciosos designios: el ferrocarril Hamburgo-Koweit y el del Cairo al Cabo. Fuera aquélla la etapa áurea del colonialismo, que adopta sistemas distintos, pero todos ellos referidos a los continentes asiático y africano. De todo lo cual parece adecuado inferir que de las tres potencias citadas, Rusia es la única que no hace acto de presencia en uno de los citados continentes, excepción explicable si se tiene en cuenta que imposibilitada Rusia para

tasomarse al Mediterráneo oriental, al propio tiempo se obturaba la ruta que pudiera facilitar su presencia en el continente negro. Así confinada la política de expansión rusa, inevitablemente habría de optarse por otra, realizada a expensas de China, a la sazón imperio que no pocos consideraban predestinado a convertirse en tierra de repartos, zonas de influencia y cesiones en arriendo, pero así como Rusia conociera la gran decepción berlinesa de 1878, registró igualmente el malogro, al menos inmediato, de sus ambiciones panasiáticas, al signarse el Tratado de Portsmouth, de 5 de septiembre de 1905, pero ello no obstó para que gran parte de los territorios anexionados a Rusia en el continente amarillo siguiesen formando parte integrante del Imperio de los Zares.

*Aparición del sedicente monolito ruso-chino.*

Podría argüirse en el sentido de que detenida Rusia en su proceso de expansión asiática, se instauraba en el continente amarillo una cierta estabilidad, versión recusable, ya que si China había sido víctima propiciatoria respecto de la política expansiva rusa, no por ello conoció el fin de sus tribulaciones, que ahora van a ser reactivadas por el Japón, que, partiendo de Formosa, continuando en Corea, prosiguiendo en Manchuria, intenta culminar su política expansiva con la creación de la Gran Asia Oriental, proceso histórico hoy clausurado, con la expulsión nipona de tierras continentales chinas. Precisamente a ese factor debe otorgársele necesaria prestantia, en el sentido de que no teniendo China nada que reivindicar del Japón, ello facilita la iniciación de una política de acercamiento que, en parte, contribuiría a resolver el problema, cada vez más acuciante, de la superproducción industrial nipónica, ya que China puede significar para Tokio un mercado en potencia, tanto más cuanto esa realidad incrementaba la desvinculación de Pekín respecto de Moscú.

Si a las citadas consideraciones redujésemos el examen del problema objeto de análisis, nuestra construcción dialéctica pecaría de incompleta. China, especialmente en los años cincuenta, sin contar con lo que para ella significaba, en cuanto elemento compensador, la política de puerta abierta, patrocinada por el secretario de Estado norteamericano, John Hay, ya que al registrarse el ocaso de Chiang-Kai-Shek en tierra firme china, los Estados Unidos practicaron respecto de Pekín el sistema del no-reconocimiento (continuando así la técnica practicada por Stimmson respecto del Manchukuo),

carecía en realidad de derecho de opción y por ello concertara un tratado de alianza con Moscú, naciendo así en el inmenso ámbito del continente euroasiático lo que determinados exégetas, aquejados del mal de frivolidad, calificaran de inmenso y amenazante monolito asiático, fortalecido por la adopción de un coincidente credo político-social. La citada conjunción nacía calificada por un signo: el del liderato ruso, articulado en sentido plural, ya que de un lado, la U. R. S. S. representaba para China su única tabla de salvación, en el sentido de posibilitar la construcción económica del aliado, y de otro, China parecía confinada a producirse en cuanto discípulo sumiso e incondicional respecto de la ortodoxia comunista, perfilada según la versión moscovita. Así identificadas China y la U. R. S. S., se ofrecían a los coaligados ilimitadas posibilidades en el continente asiático. Fuera en tierras coreanas donde se quiso brindar testimonio de lo que podía significar la acción concorde de Pekín y Moscú, experiencia que si en su desenlace no implicó la realización de una planeada conquista de la Corea del Sur, instauró en Asia un sistema de división, que en cierto modo constituía una especie de réplica de lo registrado a propósito de las Alemanias de Bonn y Pankow. De ese modo se ampliaba visiblemente en el orden del espacio el sistema de la «guerra fría» y le era dable a Rusia, partiendo de la inexpugnabilidad de sus líneas interiores, transformar en centros neurálgicos y lugares de fricción las más distantes tierras, pertenecientes a la inmensa periferia asiática. En este sentido la alianza chino-rusa contribuyó, en medida prominente, al robustecimiento del sistema de la «guerra fría», con lo cual se incrementaban al propio tiempo las posibilidades de acción soviética, acentuándose en la misma medida el perceptible y preocupante desequilibrio, en lo concerniente al grado de iniciativa, respecto de la política internacional postbélica, a cargo, respectivamente, de Rusia y de los Estados Unidos. Todo lo cual parecía fortalecer la tesis de los pesimistas, inspirada en la consideración de que, situados frente a frente, el monolito ruso-chino, de un lado, y la evidencia de disensiones en el seno del mundo libre, fatalmente la victoria se ofrecería como fruto, en beneficio del bloque eurásico.

Los que argumentaban en el apuntado sentido no dispensaban suficiente beligerancia a un factor geopolítico, ya que si al mismo se le confería adecuada prestancia, las deducciones habrían de diferir abiertamente de las sentadas por los pseudo-profetas y es a la citada omisión a la que nos proponemos dedicar seguidamente algunos comentarios.



*La inclinación expansiva china y su significación geopolítica.*

China, apoyada en su acentuada plétora demográfica, no parecía inclinada a producirse con incondicionada sumisión, aceptando, sin reparos, el liderato soviético, indiscutible a los ojos de los países satélites. Esa inclinación, que parecía albergar potencialmente una pronosticable disidencia, no podía asentarse sobre una posición de fuerza, por lo menos de modo inmediato, habida cuenta de que la República china, en la fase inicial de su evolución política, no podía llevar a buen término sus propósitos comunizantes, sin contar con la colaboración, técnica y económica, de la U. R. S. S., asistencia que no pocos reputaban pluralmente de imprescindible e irremplazable. Ahora bien, los evidentes tropiezos registrados en China, cuando ésta intentara imponer, *per saltum*, el sistema de las comunas, amenazaba visiblemente la estabilidad y el prestigio del régimen político, drásticamente impuesto por los dictadores de Pekín y para lograr su bien episódico asentamiento, los autócratas amarillos recurrieron a la puesta en práctica de un artilugio, tan añejo como la propia diplomacia: patrocinar una política internacional de expansión, para así alimentar el vacilante patriotismo del complejo chino comunizado. Fuera inicialmente la agresión desencadenada en Corea, partiendo del paralelo 38, cuya finalidad no era otra que la de poner término a la división coreana, comunizando totalmente dicha península e incluyéndola en el área reservada al mundo satelitizado. Si las agresiones citadas lograran alcanzar sus designios, se ensancharía el área periférica del comunismo, ampliación que implicaría al propio tiempo la expulsión de los norteamericanos y la instalación de una amenaza visible, respecto del Japón y de su destino internacional. Nos parece innecesario agregar que la experiencia coreana contribuyó a fortalecer la política norteamericana de contención, al no sufrir alteración el *statu quo* coreano y malograrse la agresión chino-rusa. En el referido período histórico se oponían como términos antitéticos, uno dinámico (la guerra fría) y otro estático (la política norteamericana de contención); registrada la inalterabilidad del segundo, implícitamente resultaban maltrechos los designios expansivos del primero.

De lo anteriormente referido cabe inducir que la política internacional china, practicada del 50 al 60, parecía determinada por factores geopolíticos: la presión, a partir de líneas interiores, destinada al asomo respecto de la periferia marítima. Otra experiencia, no desemejante de la apuntada,

se registraba en el sudoeste asiático, también a cargo de China, tendiente a englobar la integridad de Indochina en el área de la esfera de influencia pekinesa. Hasta el presente el citado designio no fuera alcanzado, epílogo no sólo referible a la oposición norteamericana, sino a la introducción de un sistema neutralista, que aun cuando fuera regateado, posibilitó la acción, atenuadamente concorde, de Norteamérica y de la U. R. S. S. Las referidas experiencias, explicablemente habrían de explicar como consecuencia el que China indagase respecto a si a su política de ensanchamiento espacial no se le ofrecerían más visibles coyunturas respecto de una expansión orientada hacia la tierra firme, habida cuenta de que, geopolíticamente considerado el problema, todo lleva a suponer que es esa la acción ofrecida a las grandes geocracias, como lo es incuestionablemente China. Es así como se desencadenó la acción ofensiva, que implicará la conquista del Tibet, anexión que no podía constituir un fin en sí mismo, ya que China habría de aspirar a convertirla en punto de partida para incrementar su presión sobre la península indostánica, para lo cual especulaba con las disensiones indupakistanies, a propósito de Cachemira. Este proceso de ambición expansiva a cargo de China, más tarde o más temprano, habría de poner término al hasta entonces evidente marginalismo soviético, cada vez más atenuado, hasta desenlazar en la ayuda militar dispensada a la India por la U. R. S. S.

*La crisis chino-soviética, el convenio nuclear de Moscú y el rescate, fortalecido, de la iniciativa rusa.*

Las apuntadas experiencias parecen determinadas por la influencia de un denominador común: discrepancias crecientes a cargo de Moscú y Pekín, incrementadas por divergencias de tipo ideológico, que, a nuestro entender, no nutren dialécticamente la mencionada disidencia, sino que constituyen más bien un artilugio apendicular, cuya prolongada vigencia parece reforzar nuestra tesis, a cuyo tenor, China se resiste a figurar sumisamente incluida en el amplio sector del mundo satelitizado, por lo cual su heterodoxia, más que pura y estricta disconformidad ideológica, debe explicarse en cuanto además originariamente destinado a desprenderse del liderato soviético y posteriormente reemplazarlo, convirtiéndose China en cabeza visible de un mundo desentendido de la autocracia rusa, referida a sus designios propagandísticos, animados de ambición ecuménica.

Recientemente la signatura en Moscú del acuerdo tripartito, prohibiendo

la prórroga de ensayos nucleares, no subterráneos, planteaba a China un delicado problema: el de su adhesión al pacto tripartito o el de condenarlo abiertamente, optando decididamente por la segunda de las dos citadas posiciones. Es ésta una decisión merecedora del máximo encarecimiento, habida cuenta de que el problema concerniente a la adhesión o repulsa del convenio tripartito se planteaba precisamente cuando el cisma Moscú-Pekín había registrado una agravación perceptible. Descartado el asentimiento chino al convenio moscovita de los países satelitizados, se planteaba otro problema: cuál habría de ser la resolución adoptada por el denominado tercer mundo, a cuya posible captación tienden las actividades proselitistas desplegadas por la U. R. S. S. y por China, ya que, aparte la descontada aquiescencia de la mayoría de los Estados pertenecientes al mundo libre, no podía reputarse de irrelevante la posible reacción del mundo africano y de una buena parte del continente asiático. Se trataba de una inmensa clientela, que, al menos potencialmente, encerraba trascendencia. Todo induce a suponer que el tercer mundo, cuyo neutralismo provocó indudables neuralgias, no sólo en el amplio sector de la humanidad expectante, en situación de marginalidad, sino en los específicos propugnadores de la denominada política internacional de desentendimiento, en última instancia se atiene a normas lógicas, si se recuerdan las reiteradas propuestas desatomizadoras y por ello dispensan su adhesión al pacto moscovita, con lo cual el confinamiento chino, determinado por su disidencia, se agravará en proporciones evidentes. El citado balance debe ser tenido en cuenta, por cuantos apoyan como tesis básica la de que, pese a las disidencias chino-rusas, en lo que atañe a los propósitos finalistas de Moscú y Pekín, aquéllas no afectan a la esencia del problema planteado, alegando que ambos discrepantes abrigan el coincidente designio de lograr la comunización del mundo postbélico.

Quienes arguyen en el apuntado sentido, no otorgan adecuada beligerancia a lo que implica el planteamiento de un problema, cual es el de tomar posición respecto a la disconformidad generada en el seno del mundo comunista, permitirá a los discrepantes avanzar a lo largo de los caminos divergentes que pretenden recorrer para desenlazar en la coincidencia o si, por el contrario, como nosotros sospechamos, el cisma, lejos de atenuarse, se agravará progresivamente, acentuándose la hostilidad, primero latente y difícilmente encubierta, y más tarde activa e irreductible.

Sería arriesgado pronosticar en qué medida el acuerdo de Moscú puede concurrir en el sentido de fortalecer las posibilidades a cargo del proseli-

tismo ruso, pero sin adoptar una posición tajante respecto del mencionado extremo, debe tenerse en cuenta hasta qué punto puede Jruschey explotar su posición de sedicente artífice de la paz, señuelo que explícitamente contribuirá a fortalecer su mando político en el interior de la U. R. S. S., posibilidad que habría de repercutir sobre el mundo perplejo, que si un día consideró como compatibles las respectivas acciones proselitistas de chinos y rusos, ahora no le resta más posibilidad inmediata que optar por uno u otro de los dos grandes disidentes. En Moscú se percataron de lo que esa mutación implicaba y se cuidaron de aducir que el acuerdo recaído se debía, según su discutible tesis, a la iniciativa rusa, logrando así paradójicamente ofrecer un mentís a la legión de incautos que, con sorprendente alborozo, festejaban lo que ellos consideraban como inhumación de la «guerra fría», cuando en realidad, como veremos seguidamente, más bien podría aseverarse que se inauguraba un nuevo capítulo de la mencionada pugna. Lo señalaba Richard M. Nixon, en sus declaraciones de comienzos del mes de agosto, refiriéndose al acuerdo de Moscú: «Yo creo—decía—que nos hemos dejado llevar otra vez más; una vez fué por el espíritu de Ginebra y la otra por el espíritu de Viena.» De las apreciaciones formuladas por el ex vicepresidente de los Estados Unidos, se induce que la iniciativa, una vez más, como asevera Nixon, ha correspondido a Rusia y si es cierto—a nosotros nos parece incuestionable—que en materia de política internacional el país que retiene la iniciativa puede modelar hábilmente su trayectoria, para mejor servir sus específicos designios, será adecuado preguntarnos si es cierto, como se asevera, que el mundo libre no ha logrado alterar sustancialmente su trayectoria y una vez más navega a remolque de las iniciativas rusas. Que la prohibición de ensayos nucleares, no subterráneos, permite a Rusia atenuar sus dificultades económicas, es innegable y acaso tal consideración no dejó de pesar en el ánimo de los dirigentes moscovitas, pero ello no obsta para que la U. R. S. S. crea o viva ilusionada pensando que su iniciativa en política internacional no sólo se prorroga, sino que hace acto de presencia, cuando la disidencia entre Pekín y Moscú registra el grado máximo de su intensidad. Tal epílogo posibilitará a Rusia el avance en el camino de su política proselitista, presentándose ante los pueblos del tercer mundo, en cuanto portadora de una valiosa carta credencial: la de que ha logrado dar satisfacción a los anhelos de los desnucleizantes del mundo interpuesto y de parte de mundo libre.

UN MUNDO EN TRANCE DE POTENCIAL HOSTILIDAD Y POSIBLE REAJUSTE

Demasiado se nos alcanza que el problema por nosotros abordado es acen-  
tuadamente complejo, por lo cual, a otros aspectos del mismo es necesario dis-  
pensar adecuada atención; por considerarlo así, desde estas mismas pági-  
nas y en nuestra habitual crónica internacional hemos analizado en su día al-  
guno de los mencionados extremos.

CAMILO BARCIA TRELLES.

